



LA REZAGADA

Cambiándonos los lentes

Ing. Agr. Hermes Morales
Instituto Plan Agropecuario

Cuentan las historias familiares de sobremesa y diversos documentos que hace unos 50 años, en el gobierno de Luis Batlle, había gente que entendía que debían buscarse nuevas orientaciones al funcionamiento del país, y dentro de ellos al sector agropecuario. Con tal inquietud el gobierno de la época reunió una “Comisión de notables” integrada por una serie de figuras ilustres, que fue enviada en misión de estudios a diversas regiones, tales como Oceanía, Norteamérica y Europa. No han estado en mi poder los informes donde indicaban qué cosas habían encontrado de interesante y qué recomendaciones se formulaban a partir de lo visto. Pero mirado cincuenta años después, hubo una idea que nos ha tenido trabajando a todos, productores, gobierno, empresas comerciales, estudiosos diversos, etc. Esa idea acepta una formulación muy sencilla.

“Agregar leguminosas al agro uruguayo es una idea interesante”

Vaya si habrá resultado interesante. Seguramente muchos de los lectores podrían relatar historias originales acerca de los desvelos y esfuerzos que ellos

mismos o personas muy cercanas protagonizaron para llevarla adelante. En lo que me es personal las historias más apasionantes que me han llegado, dignas de “Cien años de soledad”, hablan de unos trenes interminables, con numerosísimos vagones, que hacían centenares de kilómetros cargados con “piel de suelo”, siempre con la persistencia y la tozudez de aquellos que tienen una buena idea. Por supuesto, la Comisión Honoraria del Plan Agropecuario tuvo una posición central en dicho esfuerzo protagonizado por todo el país, y aunque el tiempo lo va erosionando, el recuerdo de los técnicos montados en los Land Rover forma aún parte del anecdotario de nuestro Uruguay profundo.

Con los sucesos ocurridos en ese período se han escrito libros, sin agotar el tema, ni por asomo.

¿Por qué razón intentaríamos formarnos una opinión de lo sucedido y realizar un pequeño inventario de errores y de aciertos? ***Para aprender, o al menos, intentarlo.***

No es nuestra intención, al menos hoy y en este artículo, emprender semejante tarea. Sin ninguna duda habríamos de sugerir homenajes – que están faltando – e indicaríamos desacier-

tos que existieron. Lo que pretendemos es modestamente bastante más ambicioso. Simplemente “cambiarnos los lentes” y proponer algunos puntos de vista que también debieran ser tenidos en cuenta.

¿Desde dónde miraríamos entonces nuestro sector agropecuario? Desde algún peñasco, típico de nuestras zonas de ganadería extensiva. Prenderíamos la radio y tal vez escucharíamos en un programa agropecuario a alguien que hiciera alusión a los excesos del productivismo y a los errores de la “Revolución Verde”. “*Historias ajenas...*” masculinaríamos.

Dicha realidad –de que la ganadería extensiva es esencialmente distinta del resto de la actividad agropecuaria— no siempre se advierte en los foros y en los congresos en acolchados salones donde se habla de “Desarrollo”, “Liderazgo” y de “Impacto Tecnológico”. La Revolución Verde nunca llegó a las zonas de ganadería extensiva, que está ahí y persiste, en los países pobres y en los ricos, como compañías con millones de hectáreas, como campitos de gauchos pobres, tierras comunales o estatales¹ en otras latitudes. ¿Qué tienen en común dichas áreas?

¹ Centenares de millones de hectáreas en EEUU, por ejemplo.

- La disponibilidad de agua para las plantas y la calidad del suelo son bajas y muy variables entre lugares y entre momentos (espacial y temporalmente)

- Baja densidad de población. Estas características son compartidas por nuestra zona ganadera, - en especial la de basalto - el Oeste americano, gran parte de Australia, Argentina y algunas zonas de Europa, África y Asia.

Ninguna de ellas es el sector rezagado de algún sector avanzado que le queramos indicar como modelo.

No es Queensland el sector rezagado de Nueva Gales del Sur, ni es Montana la región rezagada con respecto a Minnesota, ni es rezagado Guaviyú de Arapey con respecto a Tarariras, ni Vichadero con respecto a Cardona. Por supuesto, dirán algunos, sin embargo, otros concordarán en que este planteo “obvio” –tal como se presenta– no siempre se ha tenido en cuenta.

Si encargáramos por ejemplo a alguna empresa internacional de estudios económicos un diagnóstico acerca de nuestra ganadería muy probablemente concluiría algo así:

“Las empresas que no se han sumado al cambio tecnológico se rezagan cada vez más. Son en mayor medida empresas dedicadas a la cría vacuna, con restricciones de escala o sin ellas, baja calidad de los recursos naturales, menor acceso a la interacción institucional y menor disponibilidad de oportunidades tecnológicas”.

Este tipo de conclusión está inserto en la idea dominante de que existe un único modelo de desarrollo que es aquel que ca-



racteriza a las regiones “intensivas”. En esa óptica, los rezagados, como en la Vuelta Ciclista, llegarán después **a la misma meta**. Falso. Tarariras podrá (¿?) llegar a una producción de 1000 Kg de carne/há, pero Cerros de Vera no estará en esa carrera.

Existe un camino de intensificación que sobre la idea interesante formulada hace 50 años indican mejorar campos, infraestructuras, etc. Sin embargo, en el basalto el área mejorada es del 3%, y el 97% corresponde a una realidad distinta a la de la Pampa Húmeda o a la de Waikato.

Si nos cambiamos los lentes, la observación de lo que pasa a nuestro alrededor nos indica:

- Que las empresas ganaderas no necesitan aumentar su producción por há. para operar y prosperar.
- Que la relación con la naturaleza es sustancialmente distinta. Se trata de adaptar las metas a lo que nos permite hacer nuestro campo y no pretender adaptar nuestro campo a nuestras metas.
- Que esta forma de operar puede parecer primitiva, pero es tremendamente moderna en cuanto a que se relaciona y convive con la naturaleza sin destruirla.

¿Cómo nos posicionamos frente a esta realidad? Desde ya, las viejas buenas ideas deben seguir acompañándonos. Al mismo tiempo debemos insistir en esto de cambiarnos los lentes, a ver si finalmente conseguimos distinguir e identificar a las piedras con las que hemos estado tropezando.

Buscando en otros lugares lo que han pensado de estos temas, vemos que no estamos solos en esto de lidiar con la ganadería extensiva. En el recuadro que sigue transcribimos algunas reflexiones de australianos a quienes no conocemos, pero podemos considerar compañeros en esto de amar los grandes espacios.



La población mundial alcanzará los 6 billones de habitantes en el año 2000. Esto, junto a la recurrente escasez de alimentos desde la década de los 70 y a la comprensión de que la agricultura pastoril es energéticamente menos eficiente que las cosechas, llevó a algunas personas a establecer que las tierras pastoriles serían desplazadas por las agrícolas. Esto está ocurriendo en algunas áreas relativamente pequeñas, favorecidas por condiciones climáticas confiables y buenos suelos. En un sentido más amplio, el pastoreo y la producción de cosechas están en un equilibrio dinámico, de tal manera que los precios y no la eficiencia biológica, determinan el balance entre las pasturas y las cosechas dentro de una determinada región. En la década actual, la sobreoferta de granos está empujando el balance hacia las tierras pastoriles.

* * *

Del Prefacio de "Agronomy of Grassland Systems". Pearson C.J. & Ison R.L. 1986

Esta cita parece aportarnos alguna punta de la madeja. Las ideas que se manejaban en el pasado eran maltusianas, es decir se creía que cualquier aumento de la producción de alimentos iba a resultar insuficiente frente a la demanda de una población mundial en fuerte crecimiento. El rumbo era claro, había que industrializar a la naturaleza, hacerla artificial, para de esa forma aumentar el bienestar de

los habitantes de esta tierra. Hoy, vemos que debemos revisar estas ideas. Hay entre nosotros algunos que ya hace muchos años nos alertaban –cuando escudriñaban la evolución posible del sector agropecuario– acerca de que nuestra fe ilimitada en el futuro de los “productos agropecuarios de clima templado”² no tenía asidero, y algunos gurúes de la talla de Peter Drucker o el más criollo E. Iglesias nos han dicho cosas del estilo de: “Exportando carne y granos sólo pueden empobrecer”. Por otra parte, si pasamos a mirar lo que pasa a nivel de las empresas nos encontramos con que hay serias indicaciones de que: “las técnicas promotoras de la productividad parecen ir en contra del objetivo de mejora de los ingresos”³.

En los tiempos que corren, las viejas buenas ideas nos siguen siendo útiles, pero necesitamos vitalmente de otras buenas ideas que las complementen. Una de ellas, que parece que –como la anterior acerca de las leguminosas– nos convocará a trabajar en los próximos decenios se apoya en que

“La ‘calidad’ de nuestros productos, lo ‘natural, lo incontaminado’, es una ventaja que tenemos que usufructuar”.

La tarea –colectiva– parece ser inmensa, por lo que debemos apelar a todas nuestras capacidades. De nuestra historia –colectiva– de insertar las leguminosas en nuestra agropecuaria, podemos aprender lecciones que nos hagan menos duro el camino y más eficaz nuestro accionar.

² Los tropicales como el arroz o los cítricos han mostrado que también pueden tener problemas.

³ L. Plouvier en “Sistemas de información e intercambio para el desarrollo agropecuario” MGAP-GTZ-BID, 1999.